**Terminar con la pobreza a partir de la construcción de la Cultura de la Integración**

*En la Fundación Forever trabajamos junto a los salvadoreños en la construcción de la Cultura de la Integración, entre unos y otros, para crear formas de vida que estén más de acuerdo a sus expectativas y deseos”*

*Desde hace más de 12 años venimos luchando por una nueva forma de construcción social, cultural, política, económica, etc., entre personas e instituciones de ámbitos muy diversos de El Salvador, en pos de una vida mejorada para unos y otros. Esta es la Cultura de la Integración, que hasta el mismo Papa Francisco ha abrazado como reconocimiento de lo que los salvadoreños están consiguiendo.*

*Como parte de este proceso se creó el Programa “Educación por una Cultura de la Integración”, que representa un modelo de verdadero desarrollo, y que esperamos sirva de inspiración y cimiento para otras formas de construir basadas en la integración.*

El 19 de mayo de 2014, empezaría a cambiar parte de la historia del país. Ese día, siete universidades firmaron un convenio para llevar a cabo el Programa “Educación por una Cultura de la Integración” que está transformando la vida de miles de jóvenes en El Salvador.

Hoy son 500 los jóvenes que participan en el Programa, esperando que otros 700 u 800 se les sumen y puedan ingresar en las universidades y escuelas técnicas a partir del 2017.

En breve serán 10 a 12 las universidades participantes que albergarán a esos estudiantes, aunque para ello necesitamos alrededor de $ 500,000 dólares para cubrir los gastos de estudio. Si logramos este objetivo, en unos años más buscaremos la institucionalización del Programa en todo el país y como lo estipulan los convenios firmados con las universidades, aspiramos a que el 30% de los cupos anuales de ingreso deberá ser otorgado a los jóvenes que estudian en las comunidades empobrecidas y que hayan aprobado el Proceso Formativo de Integración.

Como parte de la Cultura de la Integración que se está construyendo en el país, se va gestando una transformación educativa, cultural y social que El Salvador necesita. Este nuevo acceso a las universidades, no solo promueve un nuevo sistema de continuidad académica que reemplaza a un viejo, injusto e ineficaz sistema de becas que solo elije a unos pocos jóvenes, sino que también significa el comienzo de un verdadero desarrollo que sirve para ir rompiendo con ese embudo social que divide a todo un país. Jóvenes, familias, escuelas, universidades, empresas, junto a otras instituciones se acercan, estrechan sus relaciones y se revitalizan en este proceso de integración construido entre unos y otros.

Hablo de transformación educativa porque permite por un lado, una continuidad académica que no era posible para los estudiantes pobres y por el otro, una formación profesional más acorde a la realidad del país.

También me refiero a la transformación cultural, al crearse un acuerdo distinto para construir juntos entre unos y otros, que impacta en el hacer pero también en el ser.

Por último, menciono la transformación social que se empieza a ver en esa ida y vuelta entre las instituciones de uno y otro ámbito. Sus integrantes comienzan a reconocerse mutuamente y a romper con barreras que van quedando en el pasado. Hay un proceso de integración que se va fortaleciendo y que impacta a quienes participan de él.

**Terminar con la pobreza a partir de la construcción de la Cultura de la Integración**

Si queremos encontrar verdaderas soluciones al problema de la pobreza, que signifiquen una salida de esa condición, es necesaria una interpretación distinta y más completa de la misma y del tratamiento de ayuda que se viene utilizando. Con el uso de esos nuevos conocimientos podremos descubrir alternativas que nos permitan optimizar los recursos tradicionales y no tradicionales disponibles en la sociedad.

La pobreza es multiforme porque tiene mil y una formas, y no puede reducirse a un billete (como se han empecinado en hacer). La condición de pobreza afecta al pobre en su ser y en su ámbito de relaciones. No se es pobre económicamente y en lo demás no, no se es pobre en salud y en lo otro no, no se es pobre en educación y en lo otro no. Relaciones debilitadas, comunidades aisladas, marginación: todas y cada una de estas situaciones van profundizando la condición de pobreza.

El SACYD (Sistema de Ayuda, Cooperación y Desarrollo formado por organizaciones nacionales e internacionales, fundaciones, instituciones gubernamentales y privadas, etc.) tiene potencialmente la fuerza, la energía y los recursos para acompañar la transformación, sin embargo, ha resultado ser ineficaz e ineficiente en la reducción de la pobreza -más si se lo compara con la cantidad de recursos económicos y de otro tipo que ha gastado-; no profundiza la temática y no utiliza adecuadamente los recursos tradicionales y no tradicionales disponibles. La gran mayoría de las instituciones que conforman el SACYD buscan alternativas muy similares para combatir la pobreza, la violencia y una cantidad de problemas sociales fragmentados, realizando acciones puntuales y aisladas que no logran transformar las condiciones que mantienen a la gente viviendo del mismo modo y sin encaminarse hacia el desarrollo.

No haremos buen uso de los recursos a disposición y no conseguiremos optimizar el SACYD hasta que no logremos ampliar la interpretación de la temática. Si no lo hacemos, dejaremos una cantidad de recursos maravillosos sin aprovechar como son las universidades, la proyección social, los profesores, estudiantes, la empresa, los empresarios, la responsabilidad social empresarial, la iglesia, los medios, los intelectuales, los artistas, los vecinos, los maestros, las escuelas, deportistas, líderes comunales, etc. Las salidas están en el fortalecimiento de esas instituciones para que funcionen y se conecten entre sí.

Quizás el mayor problema es que no parten de donde deberían, ven al hombre al revés y por eso giran alrededor de la prevención. Crean en nombre de la prevención porque, entre otras cosas, bajo ese nombre de prevención, pueden obtener fondos que ofrecen las organizaciones internacionales. Como sistema, necesitan conceptualizar de ese modo. Si toman a los jóvenes como lo que son, deberán pensar en su desarrollo primero y no como potenciales infractores. La prevención de la violencia debe tomarse como una consecuencia del desarrollo, no es posible que sea al revés como lo proponen los programas actuales. El impacto que un programa de prevención cualquiera generará se irá diluyendo inmediatamente con el tiempo porque se ha construido de modo aislado sin conexión con la realidad del joven o de la institución y su contexto. Sin integralidad y sin futuro distinto.

Se cree que el desarrollo y la salida de la pobreza están ligados a la oportunidad puntual que les generan unos a otros, eso solo promueve que unos pocos elegidos, tengan acceso a mejoras circunstanciales (algún trabajo especial, alguna beca, capacitación, etc.). Las soluciones propuestas en la gran mayoría de los programas preparan a la gente que vive en la pobreza para algo específico, y aunque a veces mejoran en algo, resulta muy difícil que se conviertan en salidas de la pobreza. La oportunidad como se la ofrece mejora por un tiempo pero no forma para el desarrollo, ni para salir de la pobreza.

Un verdadero desarrollo de los pobres no debería depender del aprovechamiento de las oportunidades puntuales y aisladas que se les brinden -entendiendo a estas como soluciones que minimizan al ser humano- sino de generar las condiciones y formas de vida construidas entre unos y otros, de acuerdo a sí mismos, a sus expectativas y deseos. La ayuda y la cooperación que propone el SACYD, no bastan para transformar porque miran al pobre como un ser humano limitado, disminuido, debilitado e incompleto.

¿Cómo es posible que no se busque una especie de pacto social distinto al actual y en el que unos y otros vayan modificando y construyendo nuevas condiciones y formas de vida?

Creemos que solo a partir de un **Proceso de Integración**, entre aquellos que viven dentro de las comunidades empobrecidas y los que viven afuera de ellas, es posible generar los mecanismos de desarrollo necesarios para transformar sustancialmente las condiciones de vida de los más necesitados.

La inclusión, un concepto muy de moda por estos tiempos, es casi solamente una declaración, enunciativa, que busca incorporar a una realidad mejorada a quienes no participan de la misma, pero no transforma ni esa realidad ni a los incluidos.

Hay una diferencia entre integración e inclusión que no es una cuestión meramente semántica (ya que su significado es bastante parecido), o de interpretación, es muchísimo más que eso, es una forma de ver la vida, de hacer, de construir, de concebir. De allí la importancia de comprender esa enorme diferencia. Durante el proceso de inclusión hay una aceptación y un reconocimiento de ciertos derechos que son otorgados por unos hacia otros, pero las formas de vida continúan más o menos igual. La inclusión resulta una institución democratizadora al mejorar la situación anterior de injusticia, pero no alcanza a modificar sustancialmente lo que en realidad pretende. Por eso pensamos en una idea superadora de la inclusión y de los programas aislados del SACYD que implica cambiar sustancialmente la forma en que abordamos la pobreza. Esta construcción es la Cultura de la Integración.

La integración es una nueva forma de construcción social, cultural, política, económica, pactada entre personas e instituciones de dos ámbitos diferentes, en pos de una forma de vida mejorada para unos y otros. No es vertical e impuesta como la que se da en la inclusión, sino que es más democrática, horizontal y efectiva en relación a sus resultados transformadores. Es una construcción consensuada.

En este proceso de integración, cuando unos y otros se acercan, al hacerlo, empiezan a conocer distinto, a relacionarse de verdad, transformando sus realidades y convirtiendo de a poco los dos mundos en uno solo, mejorado e integrado para todos. Hay que buscar las razones para entrar y salir. Solo así se cambiará ese aire viciado por otro oxigenado que permita el verdadero desarrollo.

No alcanza con que los que “viven bien” ayuden a los pobres a transitar hacia el otro sistema (hacia lo que denomino el “mundo funcional”). La verdadera integración debe procurar un cambio primero en uno, una aceptación, un recibimiento, y esto debe hacerse en ambos mundos. Para llegar a ese momento de aceptación, hay que hacer esa ida y vuelta, entrar y salir, conocer, reconocer al otro, descubrir, formarse distinto, abrirse y salir del molde y no encerrarse en una forma de ser y de hacer que venimos reproduciendo de generación en generación.

La integración logra que alguien esté presente activamente en una situación creando una nueva e intentando modificar su realidad, sintiendo que pertenece, por cómo está presente y por cómo es recibido; en la inclusión, por el contrario, uno puede estar presente pero sin sentir pertenencia. Por ejemplo, entrar a la universidad (otorgándoles una beca) pero sin el Proceso Formativo (como veremos más adelante) generaría esa inclusión, con jóvenes que seguramente no sentirían que pertenecen a ese ámbito. En cambio, luego de la integración (realizando el proceso) sienten que pertenecen a ese ámbito, aunque sea relativamente nuevo en sus vidas. Se presentan formados, preparados y orgullosos de lo que son y han hecho. Se sienten bienvenidos por las universidades, que los reciben bien porque la institución va cambiando en busca de la transformación. La integración consigue transformar mejorando la realidad.

Si no logramos realizar ese proceso de aceptar y reconocer al otro seguiremos viviendo en un país que está separado en dos mundos: por un lado están aquellos que se las arreglan para funcionar bien dentro de un flujo socio cultural que los contiene y, por otro, los que viven bastante mal sin poder salir del flujo socio cultural de la pobreza. Eso lleva a que vivamos una situación de gran violencia en la sociedad, que nos seguirá acompañando mientras sigamos construyendo un país a medias. Debemos entender que la reducción de la violencia será una consecuencia del desarrollo.

La violencia no se reduce al número de muertes diarias, ni a la cantidad de jóvenes que entran en pandillas. Existe una violencia generada por los que viven bien y tienen miedo a perder ese privilegio; existe una violencia generada por el Estado que no crea otras condiciones para el desarrollo de los más necesitados; también generan violencia las instituciones, la formación académica, los profesionales, las empresas, los políticos, los intelectuales sociales, etc. Pobreza es violencia para los que viven en esa condición.

El fortalecimiento de las instituciones de un ámbito y del otro a partir de la Cultura de la Integración resulta fundamental para romper con los embudos sociales y para la construcción de una verdadera paz social. Esas instituciones deben integrarse, conectarse, oxigenarse, reactivarse, generar energía fuerte como para modificar las condiciones del ambiente y construir con el otro. Sin reconocer que cada institución necesita modificar algo para ganar algo más importante, se hace muy difícil una transformación de las condiciones de vida.

Las universidades, por ejemplo, han crecido dándoles la espalda a los pobres y a la pobreza; los jóvenes de esas comunidades no conocen la universidad ni por fuera. Sin embargo, la universidad es un ámbito clave en la Cultura de la Integración.

Por eso hemos venido desarrollado algunas estrategias concretas para implementar la Cultura de la Integración, acercando esas instituciones que no se conocen, como universidad, escuela y empresa, con el fin de cambiar la cultura educativa, de no seguir optando por la asignación de unas cuantas becas sino de buscar una verdadera continuidad académica, para romper el embudo social y salir de la pobreza.

Ingresar en la universidad empieza a ser la salida de la pobreza para los jóvenes de las comunidades pobres, les permite interactuar con otros, integrarse con los demás en ámbitos desconocidos, cambiar el modo de conocer la vida, despertar otras emociones, deseos, conocimientos y valores que ayudan en esa transición al desarrollo de su potencial.

Se han sumado, a lo largo de estos años, diez universidades salvadoreñas que han aceptado modificar los requisitos de ingreso y se han empeñado en que, en un plazo no mayor a 5 años, el 30% de los cupos anuales de ingreso sean otorgados a los jóvenes que estudian en las comunidades empobrecidas y que hayan aprobado el Proceso Formativo de Integración.

Dicho Proceso es una etapa de inmersión que llevan a cabo los jóvenes de las comunidades empobrecidas que consta de once actividades y que se realizan con el acompañamiento de las escuelas, con sus directores y maestros, los padres, las universidades, profesores, estudiantes universitarios y empresas con sus empleados. El Proceso Formativo no solo pretende que estos jóvenes estén mejor formados para el comienzo de una nueva etapa en sus vidas; también busca que los jóvenes se conozcan mejor y que redescubran su ámbito y el otro, convirtiéndose en agentes de la transformación de una realidad por otra mejorada.

No es difícil imaginar lo que significaría para el país que el 30, 40 o 50% de los egresados de cada escuela pública ingresara a la universidad y a las escuelas técnicas o que entre el 80 y el 100% de ese alumnado participara del Proceso Formativo y pudiera conocer mucho más del otro mundo y del propio. Esto tendría implicancias maravillosas para ellos, sus familias, sus compañeros, sus escuelas, sus comunidades y la sociedad toda. Incentivemos a esas escuelas, a sus maestros y directores, y a los padres. Cada día se suman más escuelas, universidades, empresas, intelectuales, artistas, medios, etc.

Otra de las grandes aspiraciones que tenemos es que La Casa de la Integración (la primera actualmente ubicada en el Municipio de Soyapango) sea un espacio de construcción de integración para el desarrollo político, social, cultural y económico, que ayude a articular funcionamientos comunes y necesidades en las instituciones de uno y otro ámbito. Las Casas de la Integración deben convertirse en espacios de aprendizaje y enseñanza para los unos y los otros, que contribuyan a formar a una generación en la Cultura de la Integración, construyendo juntos y revitalizando tanto a las comunidades empobrecidas como a otras muchas instituciones del otro ámbito. Tanto el Proceso Formativo como la Casa de la Integración son acciones concretas que hacen tangible la Cultura de la Integración y que pueden convertirse en un modelo a seguir.

Pero para llevar adelante las transformaciones que pretendemos es indispensable que todos los actores de la sociedad participen dentro de sus posibilidades en la Cultura de la Integración. Las empresas desarrollando una nueva RSE, participando en la formación educativa de los jóvenes, dictando cursos de capacitación, pasantías, revitalizando las comunidades, brindando apoyo en reuniones de pares (profesores y maestros- rectores y directores) la cual tiene como propósito, la capacitación y una mejor formación de los maestros y profesores, el acercamiento entre la universidad y la escuela y mejorar el conocimiento de parte de la universidad acerca de los jóvenes que provienen de las escuelas de las comunidades empobrecidas. Son reuniones que venimos realizando una vez por mes en las escuelas y en las universidades que participan del Programa “Educación por una Cultura de la Integración”.

Los intelectuales, los artistas, los profesionales pueden ayudar a re-significar la importancia de la palabra en las comunidades empobrecidas. Las escuelas pueden contribuir asegurando el cumplimiento del Proceso Formativo, buscando apoyo del Ministerio de Educación, buscando universidades y empresas más cercanas. Los medios deben especializarse en la temática y desarmar los prejuicios. Los científicos sociales y las organizaciones internacionales deben modificar radicalmente la forma en que vienen trabajando en relación a la pobreza y comenzar a investigar desde la experiencia transformadora.

Después de más de 12 años de trabajo, los salvadoreños han conseguido que:

- Muchos jóvenes sean los primeros en sus familias en haber logrado entrar a la universidad, graduarse, que van saliendo de la pobreza y cortando con un ciclo que se ha perpetuado por generaciones.

- Que algunas escuelas que antes cerraban sus puertas al desarrollo de sus jóvenes, hoy las abran.

- Que un buen número de universidades aceptaran el Proceso Formativo de Integración en lugar de los requisitos tradicionales de ingreso.

- Que la empresa privada entendiera lo mucho que puede hacer por la educación y por la formación de los jóvenes.

- Que los medios de comunicación concedieran programas enteros a la temática de la pobreza pero de una forma más positiva y que la gente por fin sea escuchada y puedan ellos mismos escuchar su propia voz, que puedan saber que hay alternativas y esperanzas.

- Que los estudiantes universitarios comiencen a formarse en las comunidades, conociendo a su gente y a su realidad.

Todos estos logros representan, para nosotros, los primeros pasos hacia el cumplimiento de nuestros principales objetivos: el fortalecimiento de los vínculos familiares, la revitalización de las comunidades empobrecidas y de sus escuelas, una universidad más cercana a su realidad, una sociedad más justa e integrada que sea capaz de romper con los embudos sociales y, finalmente, una verdadera salida de la pobreza. Estos objetivos son posibles. Estamos comenzando a lograrlos. Hemos demostrado la importancia de que unos entren y los otros salgan de sus ámbitos, hemos demostrado que se puede generar un conocimiento auténtico de la realidad del país a partir de la integración. Las generaciones futuras estarán menos condicionadas y definitivamente será posible que esas familias rompan con las cadenas de la pobreza.

Lo que nosotros proponemos, una transformación basada en la integración entre unos y otros, no es una utopía. La utopía es querer construir y transformar como se ha venido haciendo hasta ahora. Hay demasiada confusión, palabras sin significado, gestos que convertimos en modelos y valores a seguir, que se van consumiendo como el fuego de un fósforo.

La continuidad académica de los jóvenes es una forma de integración. Las reuniones entre pares es otra. La participación de la empresa a través de cursos de capacitación también. Eso es salirse del molde, ganarle al sistema, mejorarlo. Sabemos que falta mucho por hacer, pero lo estamos haciendo entre todos.

No creo ni en mí ni en la fundación para hacer lo que el país necesita para que los salvadoreños puedan vivir mejor. Solo creo en lo que ustedes pueden hacer para cambiar, empezando desde cada uno, para construir y transformar juntos a partir de la integración. La verdadera Fundación son ustedes.